



Aviso Legal

Capítulo

Título de la obra: Civilización y barbarie en el pensamiento del exilio argentino (1837-1845)

Autor: Taboada, Hernán G. H.

Forma sugerida de citar: Taboada, H. G. H. (2021). Civilización y barbarie en el pensamiento del exilio argentino. En A. Santana y R. Domínguez (Coords.), *Exilio y migración forzada: tendencias latinoamericanas* (37-45). Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe.

Publicado en el libro:

Exilio y migración forzada: tendencias latinoamericanas

Diseño de portada: Marie-Nicole Brutus H.

Diseño de interiores: Irma Martínez Hidalgo

ISBN: 978-607-30-4532-2

Los derechos patrimoniales del capítulo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este capítulo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C.P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx>
Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Pueden hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia

CIVILIZACIÓN Y BARBARIE EN EL PENSAMIENTO DEL EXILIO ARGENTINO (1837-1845)

Hernán G. H. Taboada

No conocemos ni estamos en estado de conocer la influencia del teatro inglés o alemán sobre el nuestro; porque para esto sería preciso entrar en el fondo del pensamiento europeo, cuyo trabajo está reservado únicamente a los grandes escritores de la Europa; a esos hombres educados al pie del árbol de la civilización y que recogen sus frutos frescos y sazonados, y no a nosotros, que de vez en cuando escogemos alguno seco y mal preparado.

VICENTE FIDEL LÓPEZ, 1842

Después de la Independencia, las antiguas colonias españolas y portuguesas se vieron crecientemente atraídas hacia el mundo noratlántico. En ello no se diferenciaban de otras regiones más que en la profundidad de los lazos intelectuales que establecieron. Hallamos en efecto que los discursos oficiales convirtieron esas regiones centrales en el modelo de civilización que debía imitarse. Es lo que entre otros señalaba Leopoldo Zea al clasificar tales discursos como una instancia de la que llamó “dialéctica de la conciencia americana”.¹ Sus continuadores siguen repitiendo esta clasificación, generalmente con poco conocimiento de las fuentes primarias en que deberían apoyarse.

Puestos a revisar tales fuentes, nos encontramos sí con una monótona prédica imitadora, con lecturas criollas casi exclusivamente europeas, consideradas autoridades no sólo teóricas, no sólo sobre ese centro mundial que representaban, sino también sobre los mundos ajenos, la cultura china, hindú o árabe y, en el extremo de la paradoja, sobre la realidad americana misma. En los textos y hasta las imágenes

¹ Leopoldo Zea, *Dialéctica de la conciencia americana*, México, Alianza, 1976.

de la prensa predominaba la geografía e historia de Europa, la culta Europa, como se la denominaba. Mínimamente se la criticaba, mientras difundido era el rechazo al indígena y a la herencia colonial española, con muchos matices racistas. Apenas problematización hallamos sobre las bases culturales que deberían tener las nuevas naciones.

Siguiendo a Andrés Kozel llamaré a esta visión el *pathos civilizador*.² Está expuesto, tal como repite cualquier historia literaria o intelectual, en esos escritos fundantes que fueron el *Facundo* (1845) de Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888) y obras de Juan Bautista Alberdi (1810-1884), ambos argentinos exiliados en Chile. A ellos debe agregarse, menos conocido, pero más contundente, un tercer expatriado, Vicente Fidel López (1815-1903). Pese a divergencias, los tres daban razón, por lo menos ese año de 1845, a la exégesis de Leopoldo Zea y sus discípulos: América debía abandonar sus modelos culturales tradicionales —amerindios, españoles, criollos— y adoptar los de las triunfantes naciones cristianas o europeas, según solían designarlas, aunque acá y allá también se las empezaba a nombrar naciones occidentales, y que identificaban con la civilización por excelencia.

Contaron aquellos iniciadores con su inteligencia poderosa y sus amplias, si bien desordenadas, lecturas, con el genio expositivo, la claridad con que aplicaban a nuestros asuntos categorías intelectuales novedosas, y sobre todo la habilidad para insertarlos en los tiempos del mundo, que sabían presentar ante su provinciano público. Contaron también con cierta tendencia tradicional de las élites de Nuestra América, que se estaba reforzando a medida que los grupos criollos iban adquiriendo poder en los nuevos países, desplazando a grupos mestizos e indígenas. Conocieron, sobre todo Sarmiento y Alberdi, alcance continental, se los leyó y citó durante décadas, algo raro entonces para los autores de nuestros países. Hasta se los tradujo y comentó en aquella culta Europa.

La recepción no fue sin embargo tan uniformemente favorable como se pretende. Por doquier siguió resonando la exaltación, triunfando la iconografía, del Anáhuac, del Incario y del Arauco, en algunas partes la interpretación de la nación como un cuerpo mestizo, de raíces indígenas y españolas. En Colombia se elaboró una interpreta-

² Andrés Kozel, "América Latina y el enfoque civilizador: notas sobre una cuestión abierta", en *Mapocho*, núm. 86, Santiago de Chile, 2019, pp. 105-121.

ción católica e hispanista, que exaltaba la “religión, lengua, raza, costumbres y leyes” traídos por los conquistadores, para retomar una repetidísima ristra. En Venezuela o el Río de la Plata se siguió venerando un modelo de nación heroica y guerrera, nacida en la Independencia a partir de un grito de libertad contra el dominio europeo. Retóricas no siempre coherentes con las acciones, pero en todo caso propuestas de definición identitaria, de la que emanaban programas políticos que divergían del *pathos* civilizador.

Éste tampoco inoculó sin excepción todo el cuerpo social. Políticos y letrados se desesperaban ante lo que consideraba dureza de entendimiento y tradicionalismo fanático de las mayorías. La realidad era que su prédica chocaba con la duda, el escepticismo, el rechazo y la burla de los grupos populares, de los religiosos, de ambientes provincianos e indígenas, de algunos contados hombres de pensamiento, renuentes a aceptar los modelos noratlánticos propuestos, o inclinados a operar en ellos una selección.

Es decir que la formulación de 1845 debe interpretarse —más que como un momento general de la “dialéctica de la conciencia americana”, más que como una manifestación de alcance continental— como una propuesta entre otras, si bien prominente. Su origen se debía a condiciones peculiares, entre un grupo del exilio proveniente de un país con una historia singular, Argentina, y asentado en otro que también se diferenciaba de sus vecinos, Chile. Dicha propuesta logró filtrarse en un momento también único, en medio de las polémicas para una redefinición de la política cultural que tenían lugar en este último país.

Las regiones que hoy componen la Argentina fueron durante décadas marginales en el imperio español, sin minas, sin cultivos tropicales, sin grandes culturas indígenas. Por otro lado su frontera pecuaria, territorio de vacas y caballos que vagaban libres, aseguraba fácil sustento a sus habitantes, y de ahí una sensación de libertad y orgullo que muchos viajeros recalcaron. La forma de vida que adoptaron acentuó ciertos rasgos de atención, cálculo, observación y manejo de las situaciones: la “viveza criolla” ensalzada o denostada antes y ahora. Desde el siglo XVIII dichas regiones se vieron crecientemente dirigidas hacia su nuevo punto focal, el Río de la Plata, y en éste la capital Buenos Aires. Pasó la ciudad platense, pero no sólo ella, a convertirse en una zona de desarrollo dinámico debido al comercio

atlántico y la exportación de productos agropecuarios. Fueron décadas de crecimiento económico, urbanización, arribo de inmigrantes y de ideas. Prueba de su importancia, los ingleses intentaron en dos ocasiones apoderarse de Buenos Aires, en 1806 y 1807.

Fracasaron y la victoria ante la potencia mundial dio a los porteños una fama continental y acentuó un sentimiento de superioridad, que ya existía en la mentalidad criolla y compartían otras zonas de crecimiento dinámico: Caracas, La Habana, la costa este de Estados Unidos. En la posterior guerra de Independencia, varios testimonios, admirativos o críticos, hubo del empuje, valor y altanería argentinos paseados hasta el Pacífico, los Andes y más allá. Junto con la viveza criolla, son actitudes que han perdurado, a pesar de los muchos fracasos de nuestra historia. Ciudad abierta al tráfico del mundo, a las ideas de Europa, a novedades e inmigrantes, se la llegó a pensar como el nuevo foco de la civilización mundial.

Del otro lado de los Andes, Chile, otro rincón apartado y atrasado, había conformado un molde distinto de sociedad y tipo humano. Ya entonces se notaban las diferencias; los chilenos eran reposados y modestos, según los estereotipos de entonces, que confirmaban los viajeros extranjeros. Estaban llamados a un progreso lento pero seguro, como pareció confirmarse tras los desórdenes de la Independencia: la imagen que llegó a plasmarse es la que todavía transmiten sectores conservadores chilenos, la de un país que dejó atrás las fantasías revolucionarias y emprendió un camino cauto de construcción institucional, cultural, económica, bajo la dirección de una minoría sobria e ilustrada. Leyendas, del mismo modo que las de la superioridad argentina, pero que reflejan un sistema algo menos caótico que el de los países circundantes, con menos revoluciones y mayor continuidad, visible en las presidencias largas, pero constitucionalmente acotadas de José Joaquín Prieto (1831-1841), Manuel Bulnes (1841-1851) y Manuel Montt (1851-1861).

Para consolidar el edificio político-social chileno eran necesarias instituciones culturales. Ignorante era el pueblo, nos dicen propios y extraños, atrasado en el conocimiento de las ciencias modernas, atado a la tradición. Llegó (1828) a renovar el panorama el exiliado español José María Mora, pero sólo pudo emprenderla otro extranjero que al año siguiente regresaba a América de una larga estadía en Europa, el venezolano Andrés Bello. Conservador ilustrado, Bello fundó la Uni-

versidad de Chile (1843) y alentó un proyecto cultural que pasaría por la valorización del acervo español y americano y la reivindicación del indio, con las herramientas de la moderna erudición europea, las lenguas antiguas y modernas, que permitirían el paulatino conocimiento de la propia realidad a partir de estudios sociales e históricos puntuales.³

Contaba con su sabiduría y prestigio y tenía el apoyo de una fracción de la oligarquía gobernante pero pronto se vio cercado por la competencia de un proyecto rival, por obra de exiliados argentinos. Llegaban a medida que el segundo gobierno de Juan Manuel de Rosas (1835-1852) acentuaba su carácter políticamente represivo y culturalmente conservador, con lo cual defraudaba las esperanzas de algunos jóvenes que lo habían definido, siguiendo sus lecturas francesas, como encarnación de las necesidades del país y habían esperado convertirse en sus consejeros. No lograron entenderse gobernante y jóvenes, y éstos fueron marchando al exilio. Se distribuyeron por varios países, y el grupo que mejor se organizó fue el asentado en Chile.⁴

Dejaban un país asolado por décadas de altibajos políticos, arrasaban historias familiares y personales llenas de pasión, ánimos hechos a la confrontación, psicologías torturadas. Trasladaban también la viveza criolla y la altanería argentina y junto con ellas el bagaje de las lecturas y reflexiones que varias décadas agitadas habían propiciado en Argentina. Ésta había visto nacer, en medio del desorden, o a causa de éste, un movimiento intelectual inspirado en Europa, de donde, como recordaba uno de ellos, el ya mencionado Vicente Fidel López,

se produjo una entrada torrencial de libros y autores que no se habían oído mencionar hasta entonces. Las obras de Cousin, de Villemain, de Quinet, Michelet, Jules Janin, Merimée, Nisard etc., andaban en nuestras manos produciendo una novelería fantástica de ideas y de periódicos sobre escuelas y autores románticos, clásicos, eclécticos, sansimonianos.⁵

³ Iván Jaksic A., *Andrés Bello: la pasión por el orden*, Santiago, Universidad de Chile, 2001.

⁴ Véase como síntesis general sobre este grupo a Jorge Myers, "La revolución de las ideas: la generación romántica de 1837 en la cultura y en la política argentinas", en Noemí Goldman [dir.], Federico Polotto [ed.], Juan Suriano [coord.], *Nueva historia argentina*, t. 3, *Revolución, República, Confederación (1806-1852)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998, pp. 383-443.

⁵ Vicente Fidel López, *Evocaciones históricas: autobiografía-La gran semana de Mayo-El conflicto y la entrevista de Guayaquil*, Buenos Aires, Jackson, 1945, p. 17.

Nada de eso se conocía en Chile, declaraban con soberbia, y asumieron poses de superioridad intelectual que suscitaron quejas y bur-las como las del escritor costumbrista Jotabeche. Compatriota de éste, Antonio Pérez Rosales comprobaba que no todos eran las lumbreras que anunciaban. Pese a todo, era cierto que su relación con las novedades europeas era mayor, como otros testimonios chilenos lo reconocieron, y como prueba el hecho que se instalaran con éxito en el periodismo, la burocracia, la docencia y la abogacía. Servían a la citada necesidad del Estado chileno de elaborar una política cultural, con la ventaja de no poder involucrarse en la lucha por el poder, y para ello contaron también con el apoyo de una fracción de la oligarquía gobernante. A la larga chocarían con el proyecto cultural de Andrés Bello.

Los argentinos reconstituyeron su personalidad en el exilio chileno. Se ha señalado cómo tomaron conciencia de sí como grupo, afinaron su sentido nacional, dejando atrás identidades locales. No he visto que se haya recalcado otro aspecto de esta reinención de sí mismos, ligada a la anterior: el europeísmo que empezaron a manifestar, y conforme al mismo la idea que Argentina, volcada al Atlántico, estaba más cerca de Europa que Chile y los países asomados al Pacífico. En parte era comprobación de una constante histórica que hasta hoy se ha extendido, y ya antes del exilio, en la inauguración de un ciclo de conferencias que tuvo lugar en Buenos Aires (1837) se había definido a ésta como una ciudad abierta al pensamiento europeo, “que recibe, puede decirse, los primeros reflejos que alcanzan a este continente del brillo de las producciones de los sabios que se consagran a la ilustración y ventura de la humanidad; los recoge, los fomenta y los hace reverberar en los demás pueblos de la joven América”.⁶

Era un sentimiento que contrastaba con cierto rechazo de Europa que había prevalecido en toda la América española y portuguesa, y aun inglesa, durante la independencia, y que continuó en los años siguientes, cuando se contrastaba la Restauración monárquica transatlántica con la supuesta libertad de las repúblicas americanas. Este americanismo también se había manifestado en la producción de los jóvenes argentinos antes de su exilio, pero cuando se reagruparon en

⁶ Presentación de la traducción del *Curso de filosofía* de Victor Cousin, publicada en Buenos Aires por entregas, 1834, citada en *El Salón Literario*, estudio preliminar de Félix Weinberg, Buenos Aires, Hachette, 1956, p. 21.

Chile comenzaron a pensar, en otros términos: que el centro de la nueva civilización mundial era Europa —la que la mayoría no había visitado— y hacia ella se debía dirigir la mirada en busca de inspiración.

Como antes se apuntó, esta idea de la superioridad cultural de Europa y de la necesaria rectoría que debía ejercer sobre los pueblos americanos era variante de una corriente ecuménica que se estaban difundiendo al compás del creciente predominio económico, militar y aun cultural de los países noratlánticos. Sin embargo, entre este grupo de exiliados fue elevada al grado de programa ideológico y dio lugar a la aparición, el año 1845, de tres escritos influyentes que venían a renovar el campo de ideas hasta entonces dominantes en la América española y aun portuguesa.⁷

El más conocido es el *Facundo*, una interpretación de la historia argentina, y americana, que iba más allá de los recuentos de hechos que no se desmarcaban bien de la autobiografía o la autojustificación partidaria, tales como hasta entonces habían aparecido. Con el auxilio de las categorías sociológicas que se estaban formando en Europa, asentadas en las filosofías de la historia, Sarmiento ubicó la evolución política hispanoamericana a partir de la Independencia como una serie de procesos sociales, que hacían parte de una lucha ecuménica entre la civilización, que tenía su epicentro en el mundo cristiano-europeo, y las distintas barbaries que en el mundo se le resistían.

La filosofía de la historia más bien implícita en Sarmiento era desplegada en la tesis de Vicente Fidel López con el ambicioso título de *Memoria sobre los resultados generales con que los pueblos antiguos han contribuido a la civilización de la humanidad*, también de 1845. El rival sudamericano de Hegel trataba de establecer el papel que egipcios, caldeos, chinos, indios o fenicios habían tenido en el progreso de la civilización antes del florecimiento griego. Mostraba sus creaciones para después verlos estancarse, como posteriormente se estancarían Grecia y Roma. Concluía mostrando el victorioso avance

⁷ Domingo Faustino Sarmiento, *Facundo*, en *Obras completas*, vol. 7, Buenos Aires, Universidad Nacional de La Matanza, 2001; Vicente Fidel López, *Memoria sobre los resultados generales con que los pueblos antiguos han contribuido a la civilización de la humanidad*, con el capítulo del *Curso de Bellas Letras, De las diversas escuelas de historia social*, estudio preliminar de José Luis Romero, Buenos Aires, Nova, 1943; Juan Bautista Alberdi, “Acción de Europa en América”, en *Autobiografía: la evolución de su pensamiento*, pról. de Jean Jaurès, Buenos Aires, Jackson, 1945.

que bajo sus ojos realizaban ingleses y franceses esparciendo la civilización por el mundo.

Y por fin, ese mismo año, el escrito de Juan Bautista Alberdi *Acción de Europa en América* buscaba terminar con los mitos americanistas que se habían originado en la Independencia. Ésta había iniciado la obra de desprendimiento del pasado, representado por España, pero era necesario continuarla, ahondar esa revolución, profundizarla no sólo en lo político sino también en lo cultural, en las costumbres y el idioma mismo. Realizar una segunda independencia para arrumar los restos del pasado y democratizar la sociedad. Pero esto bajo la bandera del libre comercio, la rectoría noratlántica y la inmigración que renovaría la inferior población nativa injertándola con las vigorosas y trabajadoras razas europeas.

Los senderos de los tres expositores se apartaron en los años siguientes. Sarmiento y Alberdi terminaron peleando entre sí; López anduvo vagando por los terrenos de la novela histórica y de la filología comparada, y en el camino reformuló su proyecto intelectual hasta culminarlo con la publicación de una gran historia argentina. Pero ese año de 1845, coincidieron en su programa radical de implantar rápidamente la civilización europea en la América española. No a la manera paulatina de Andrés Bello, que entre broma y broma Sarmiento había denunciado:

Si la ley del ostracismo estuviese en uso en nuestra democracia, habríamos pedido en tiempo el destierro de un gran literato que vive entre nosotros, sin otro motivo que verlo demasiado y haber profundizado más allá de lo que nuestra naciente civilización exige, los arcanos del idioma, y haber hecho gustar a nuestra juventud del estudio de las exterioridades del pensamiento y de las formas en que se desenvuelve en nuestra lengua, con menoscabo de las ideas y verdadera ilustración.⁸

Estas líneas escritas en 1842 ya anunciaban una fortaleza del grupo de jóvenes argentinos: aunque su ciencia fuera menor a la de Bello, sentían estar en consonancia con el avance de los tiempos, y levantaban la voz proféticamente. Un discípulo chileno de sus enseñanzas, José Victorino Lastarria, lo mostró en su interpretación fogosa de la

⁸ Domingo Faustino Sarmiento, "Segunda contestación a Un Quidam" (1842), en *Obras completas*, vol. 1, Buenos Aires, Universidad Nacional de La Matanza, 2001, p. 152.

historia colonial: el despotismo en la política, la economía y las costumbres imposibilitaba todo progreso, todo vuelo del pensamiento; sólo la influencia de la Revolución francesa pudo iniciar la obra de demolición de ese edificio. Aunque Bello había encargado a Lastarria la disertación, le objetó que fuera más filosófica que erudita; consideraba necesario un trabajo previo sobre las fuentes antes de extraer tan amplias conclusiones. No admitió Lastarria la objeción, y antepuso argumentos que hoy vemos claramente como nacidos en aquella “verdadera ilustración”: las filosofías de la historia nacidas en Europa.

El grupo de 1845 parece exhibir un ejemplo bastante claro de la importancia de las agrupaciones en la historia de las ideas. Tal como ha expuesto Randall Collins en su sociología de las escuelas filosóficas, éstas requieren, para triunfar, de un sólido grupo inicial, no pequeño pero tampoco muy numeroso, capaz de plantear las preguntas necesarias, de la forma más simple, de oponerlos a la vulgata dominante y de imponerlas en la agenda de discusión, de lanzarse a ésta presentando claramente sus argumentos y de articularlos en forma polémica.⁹

Frente a los grupos católicos tradicionalistas y los que seguían afeerrados a las fórmulas de la Ilustración, Sarmiento y sus coterráneos dieron en una formulación brillante, que durante décadas encandiló a los pensadores de Nuestra América y por obvias razones fue bien aceptada en Europa, como señal del progreso de nuestros países. Los historiadores de las ideas que llegaron después los consideraron representantes centrales del pensamiento de nuestros países. No llegó sin embargo a articular programas políticos, por más que alentara tales pretensiones. Para bien o para mal, el *pathos* civilizador fue breve y su influencia superficial.

La obra pionera de Leopoldo Zea, escrita al calor de los nacional-populismos del siglo XX, requiere ajustes en estos momentos de reformulación de los proyectos latinoamericanos.

⁹ Randall Collins, *Sociología de las filosofías: una teoría global del cambio intelectual* [1998], con un prólogo de Salvador Giner, Barcelona, Hacer, 2005.